

El Cumpleaños de Rosita

COMEDIA INFANTIL



ZIG-ZAG





R E P A R T O

ROSITA, (seis años).

MARIA, (mamá de Rosita).

PEPE, (tío de Rosita).

FELISA, (mama de Rosita).

BERTA, (madre de Cuca).

REBECA, (madre de Nini).

INSTITUTRIZ, (de Yaya).

MAMA, (de Totó).

NINI, (ocho años).

YAYA, (seis años).

PERICO, (seis años).

TOTO, (cuatro años).

CUCA, (siete años).

EL CUMPLEAÑOS de ROSITA

*Original de Magdalena Petit.
Ilustraciones de A. Bustos.*



EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

(La pieza de jugar de Rosita. En el centro una mesa de once. La mamá y la sirvienta están afanadas en los preparativos. Antes de subir el telón se oye el ruido de una cornetita y un pito, respectivamente, los que Rosita está probando mientras su mamá coloca unos globos alrededor de la lámpara central. Las dos o tres primeras frases del diálogo deben ser dichas a medida que sube el telón).

María. — (Con impaciencia). Bueno, niñita, bueno.

Rosita. — (Da un cornetazo y luego vuelve a insistir). ¿Me prometes que será para mí?

María. — Sí, niñita, sí.

Rosita. — El azul... es el azul que quiero.

María. — ¡Sí, sí, sí! El globo azul; ya entendí.

Rosita. — Y el gorro verde.

María. — El gorro verde.

Rosita. — ¿Me lo pongo luego? (Se lo pone sin esperar respuesta, y sigue piteando y revolviendo el paquete con gorros y pitos que está sobre una silla al lado de la mesa. Entra Felisa con una bandeja con tazas y cubiertos).

Felisa. — ¿Pondré la mesa, señora? Falta poco para las cinco.

María. — Sí, estamos atrasadas, ya irán a llegar los niños. Páseme ese globo grande (A Rosita). Deja de pitear; bastante bulla meterán, después, todos. (Se oye la campanilla).

Felisa. — (A Rosita). Vaya a ver quién toca, mejor. Será algún regalo. (Corre Rosita). Llega a estar nerviosita la niña con este recibo.

María. — Y a mí me tiene loca desde esta mañana. ¿Está todo listo allá?

Felisa. — Sí, el chocolate ya está en punto. Los bollos los tengo enfriándose.

Rosita. — (Entra corriendo, seguida del mozo que trae una enorme torta).
¡Mamá, mamá, mira qué torta tan grande!

María. — ¡Qué bonita! ¿De parte de quién?

Mozo. — De misiá Carmen, señora.

Felisa. — ¡Y toda adorná de perlas!

María. — Déjela aquí, en el medio. (Sale el mozo). ¿Ves?

La abuelita no se olvida de que Rosita es una golosa.

Rosita. — ¿Pero me dará un regalo también? Me prometió un cochecito para mi muñeca Pepita.

María. — Te lo traerá más tarde, cuando venga ella a abrazarte.

Rosita. — (Con inquietud). ¡Yo no le perdono el coche!...
La torta no es regalo, porque no es juguete.

María. — Regalo es también, y se lo vas a agradecer cuando llegue, aunque no te trajera el coche.

Rosita. — No, si no me trae coche, no le doy las gracias.

María. — Felisa, saque esa torta, a Rosita no le interesa.

Rosita. — ¡No, no la saque!

María. — ¿Te vas a portar como debes?

Rosita. — (De malas ganas). Sí..., pero...

María. — No hay pero que valga. Te he regalado mucho, hijita, y desde hoy, ya te lo he dicho, como cumples siete años y vas siendo una niña grande, debes empezar a portarte muy bien.

Rosita. — ¿No van a sacar la torta, no?

María. — Si te portas bien quedará allí.

Rosita. — Yo no quiero que la saquen.

María. — ¿No te estoy diciendo que no la van a sacar?

Rosita. — ¡Yo no dejo que la saquen!

María. — Si me lo repites, se la llevarán.

Rosita. — (Lloriqueando). No quiero que se enoje, mamá...

Déme un beso, mamá. (María la besa). ¿No la van a sacar, no?

María. — Es de volverse loca con esta niñita cuando le da por insistir.

Felisa. — No sea majadera, Rosita, se va a poner fea. Ven-ga a jugar.

Rosita. — (Aferrándose a su mamá). Hoy es mi cumpleaños y se enoja...

María. — (Nerviosa). Si no me enojo, niñita. ¿Ves? Te doy un beso... Mira, allí viene el tío Pepe.

Felisa. — Mire, mire, que viene con un regalo...

Rosita. — (Dándose vuelta). ¿Qué regalo me traes?

Pepe. — Abre tú la caja y verás.

Rosita. — ¡Una muñeca!... ¿Pero tan grande? (Parece más bien desilusionada).

María. — Qué magnífica muñeca; estás loco, Pepe. Ya ves, ni sabe apreciarla la niña.

Rosita. — Lo que más me gusta es la ropa. Mira los calzo-nes con encaje.

María. — ¿No le das un abrazo a tu tío?

Rosita. — (Con desabrimiento). Gracias, tío Pepe. ¿Irá a caber en el coche que me va a regalar mi abuelita Carmen?

Pepe. — Si no cabe, te compraré un coche especial para ella.

Rosita. — ¡Qué rico, qué ricol!

Pepe. — He estado más de veinte minutos en la juguete-

ría esperando que me atendieran. Había una baratatura, y en las vidrieras había expuesto, como reclamo, unos muñequitos mellizos, a siete pesos el par. Me tenté y le llevo uno a mi mamá para la chica de su costurera. Mira, (Deshaciendo el paquete). qué monada.

María. — ¡Pero, qué simpáticos! Siete pesos es de balde.

Rosita. — (Entusiasmada). Dámelos a mí, tío Pepe. Por favor, tío Pepito...

Pepe. — Ya tienes tu muñeca...

Rosita. — Son mucho más lindos que esa grandota.

Pepe. — Qué caprichosos son los niños. Bueno, quédate también con los mellizos. (Se los entrega, y la chica se va al fondo de la pieza meciéndolos muy abstraída).

María. — ¿Lo ves, Pepe? Sin tanto gasto, la habrías dejado igualmente contenta.

Pepe. — Ya le irá gustando la muñeca. Tengo que pasar a la oficina. Hasta luego.

María. — Pero, ¿vuelves?

Pepe. — Sí, más tarde. Traeré unos cohetes para animar la fiesta.

María. — No será la bulla que falte...

Pepe. — Hasta luego, Rosita. (Va saliendo).

Felisa. — (Señalando a Rosita). Ni contesta. Mírela, misiá María, lo ensimismá que está con sus mellizos.

María. — Siete pesos... qué baratos...

Felisa. — Son más lucidores que el patito que le llevó Rosita a la niña de misiá Rebeca.

María.—Veinte pesos me costó ese pato. (Se oye tocar el timbre y luego se sienten pasos y una voz de mujer).

Rebeca. — (Haciendo irrupción con su chica). Ay, *María*, disculpa la confianza, me adelanté un poco a la hora indicada, porque tengo que estar a las cinco donde el dentista y quise traer yo misma, de paso, a *Niní*.

María. — Ni te disculpes, llegas muy bien, por el contrario.

Rebeca. — (A *Rosita*). ¿Cómo te va, preciosa?

María. — Ven a saludar, *Rosita*.

Rebeca. — Mira que *Niní* te trae un regalo.

Niní. — Ay, mamá, se me quedó en el coche.

Rebeca. — Corre a buscarlo. (Sale *Niní*).

María. — Pero siéntate. (Le adelanta una silla y *Rebeca* se instala).

Rebeca.—No quiero molestarte, sigue colgando tus globos.

María. — Ya voy a terminar.

Rebeca. — (Hurgueteando). Qué bonitos los gorros. Pruébate éste, *Rosita*, debe quedarte muy bien. Ven, ricura, te voy a contar un cuento bien largo.

María.—Vamos, *Rosita*, te están hablando. (*Rosita* no se mueve). Está ensimismada meciendo unos mellizos que le regaló *Pepe*.

Rebeca. — (Levantándose con precipitación). Déjala, déjala, se me olvidaba el dentista.

María. — ¿Por qué tanta prisa, ya que estás con el coche? (Vuelve *Niní*).

Rebeca. — Quiero ser puntual, me voy corriendo. (A *Niní*). Te vas a portar bien. Esta no es tímida como *Rosita*. . . Adiós.

María. — Vaya. . . Bueno, no insisto. (Sale *Rebeca*). Ven a saludar a *Niní*.

Niní. — (Muy despierta). Aquí te traigo mi regalo, Rosita.
(Rosita pone el oído y da vuelta un poco la cara, pero siempre dando las espaldas).
Parece un juguete caro y cuesta nada más que siete pesos.

María. — Rosita, ven a ver tu regalo.

Rosita. — ¡Chit! . . . , se están quedando dormidos; ya voy.

Niní. — (Siguiendo impertérrita). Mi papá no quería por lo barato, pero mi mamá dijo que sólo valía la intención.

María. — Claro, es la intención la que vale. Y aun no había por qué traer nada.

Niní. — Así decía mi tía, pero la mamá compró esto, y quiso que yo llegara la primera, porque la Yaya Pérez estaba comprando al mismo tiempo uno igual. (Ha empezado a desatar el paquete).
Y a lo mejor era también para regalárselo a Rosita. . . Pero es la primera que lo trae la que vale, ¿no es cierto, señora María?
(Rosita ha depositado sus mellizos en una cuna y viene a saludar a Niní, en el preciso momento en que ésta saca del paquete dos mellicitos idénticos a los primeros, pero negros).

Rosita. — (Poniendo cara larga). Son mellizos también.

María. — (Exagerando para desvirtuar las palabras desabridas de Rosita).
¡Pero, qué monada!

Rosita. — ¡Igual a los que tengo!

María. — No, los tuyos son blancos. Estos van a ser los hermanitos negros de tus mellizos. (Ha tomado un tono de voz entusiasta para convencerla).

Rosita. — Yo soy una mamá blanca, ¿como voy a tener hijos negros?

María. — (Tratando de disimular). Parece que tocaron. . . , ¿no? . . .

Felisa. — ¿Vamos a ver, Rosita?

Rosita. — No, yo me quedo aquí.

Nini. — Préstamelos, ya que no te gustan. Yo jugaré con ellos.

Rosita. — (Haciendo un quite). Sí, me gustan. (Entra la Yaya con su institutriz francesa).

Inst. — *Bonjour, madame.*

María. — *Cómo le va, mademoiselle.*

Inst. — (A Yaya, empujándola). *Saluez donc madame.* (Yaya se adelanta hacia María que le da un beso).

María. — ¿Y cómo está tu mamá?

Yaya. — Muy bien.

Inst. — (Reprendiéndola). *Tres bien, merci.*

Yaya. — (Imitando). Muy bien, gracias.

Inst. — *Maintenant, saluez Rosita.*

Yaya. — (Divisando los mellizos negros en brazos de Rosita). *Mademoiselle... regardez...*

Inst. — (Con marcadísima pronunciación francesa). — No importa... *Les vôtres sont blancs... Donnez-les, voyons, donnez-les.*

Yaya. — Toma... éstos son blancos... (A la institutriz).
¿No ve? Yo quería traerle una cocinita y mi mamá no quiso.

Nini. — Las cocinas son más caras..., pero también eran baratas.

María. — (Tomando los mellizos y acariciándolos). ¡Mira, qué blancos!

Inst. — *Je vous la laisse, alors, madame. Je reviendrai la chercher.* (A Yaya). *Soyez bien sage.* (Sale saludando).

María. — *Hasta luego, mademoiselle.* (A Rosita). *Acuésta-los, que duerman con los otros.*

Rosita. — Sí..., éstos pueden dormir con los blancos. (Los lleva a la cuna y se queda con los negritos en sus brazos).

Felisa. — (Introduciendo a Perico). Aquí viene Periquito. Pasará el papá a buscarlo. (A las niñas). Quítense los sombreros y abrigos.

Rosita. — ¡Cómo te va, Periquito! Mira mis guaguas.

Periquito. — ¡Son negras!... ¿Te las trajo una cigüeña o un vapor?

Rosita. — Me las regaló Nini.

Periquito. — (Despreciativo). A mí me gustan los soldados.

María. — ¿No me saludas, Periquito? ¿Cómo está tu hermanita?

Periquito. — (Saludando). Lloro todo el día como un gato.

María. — Es porque es guagüita.

Periquito. — Está recién llegada de Europa. La traigo don Vicente en su mismo vapor.

María. — Y tu mamá, ¿está bien?

Periquito. — Está en cama, pero no está enferma. Flojera no más.

Rosita. — Y este paquete, ¿es regalo para mí?

Periquito. — Sí, una cocinita. Como eres mujer, te gustará cocinar.

Yaya. — Igual a la que vi. Entonces habría dado lo mismo si traigo cocina.

Nini. — Y habría costado más caro. Los mellizos representan más.

María. — (Sonriendo). Vas a ser una dueña de casa muy económica... (A Felisa). Vaya poniendo las sillas y traiga el chocolate. No faltan más que la Cuca y Totó.

Felisa. — Partiré la torta, primero.

Todos. — (Mirando hacia la mesa). ¡Qué grande la torta! (Rodean a Felisa).

Rosita. — (Acercándose impaciente a su mamá). ¿Por qué no llegará la Cuca? ¿A qué hora vamos a comer la torta?

María. — Falta también Totó. No seas impaciente.

Rosita. — ¿Qué regalos me van a traer? ¡Qué ganas que lleguen luego!

Mamá. — No es obligación de que te traigan regalos, hijita, como parece creerlo.

Rosita. — Yo quisiera una cunita para poner a los mellizos negros. Tantos mellizos, también, ¿qué hago con ellos...?

(Se oye el timbre). Tocaron.. (Felisa entrecubre la puerta).

Totó. — (De la mano de su mamá. Se abalanza sobre Rosita y la abraza). Feliz cumpañó, Yosita. (Ha hablado como en una lección aprendida).

Toma.

Rosita. — ¡Otra cocina!

La mamá de Totó. — Vaya, qué lástima, ya tenía una...

María. — ¡Y qué importa! Es una suerte, al contrario, Rosita. Vas a dejar una para los mellicitos blancos y la otra para los negritos. (A Totó). Muy bonito tu regalo, Totó. Ven a besarme. (Se oye el timbre).

Felisa. — Vaya a recibir a la Cuca, Rosita. Tocaron, debe ser ella. (Abre la puerta). ¿No le decía? Allí viene con su mamá.

Berta. — Un poco atrasada viene la Cuca...

María. — (Abrazando a Berta). No, muy bien.

Rosita. — (Tomando, agresiva, el paquete que trae la Cuca). ¿qué me traes?

Y tú,

María. — ¡Rosita!

Niní y Yaya. — (Soltando la risa). ¡Más mellizos!... ¡Otros mellizos!...

Rosita. — (Disparando a lo lejos los mellizos y soltando el llanto).

¡Puros mellizos! (Pataleando). ¡Puras cocinas, puros mellizos!...

María. — ¡Qué vergüenza, Rosita!... Por Dios, Berta, disculpa...

Berta. — No tiene nada de particular. Cosas de chica regalona... Como es solita... No se te dé nada, Rosita, me los cambiarán en la tienda; ya que los tuyos son negros te traeré unos blancos.

Niní. — Si tiene blancos, también...

Yaya. — Dos pares...

Berta. — (Muy molesta). ¡Ah!... tiene blancos, también...

María. — (Indicándole a la Yaya los mellizos que están en el suelo). Pásamelos, Yaya. Mira, Rosita, no llores; eres una tontita: fíjate, ahora vas a tener hermanitos negros para tus negritos que andaban huachos... (Nerviosísima, sacudiéndola). Pero no llores, niña, por favor... Berta, siéntate y disculpa.

Berta. — No, gracias, vine sólo a dejar a Cuca. Y no se te dé nada, conozco cómo son los niños. Adiós, Ricardo me está esperando en el coche. (Sale y se cruza con Pepe que viene entrando). ¡Cómo le va, Pepe!, voy saliendo.

Rosita. — (Corriendo a refugiarse en los brazos de Pepe). ¡Mi mamá se enoja conmigo y en el día de mi cumpleaños!... (Llora).

María. — Vieras cómo se ha portado, qué vergüenza me ha hecho pasar.

Pepe. — No llores, preciosa. Mira, aquí vienen los cohetes, y además, ya que te gustaron tanto los mellicitos, te traigo otros

iguales, pero negros. (Estallan todos de risa; durante largo rato nadie puede hablar).

Felisa. — (Sacando los mellizos que están en la cuna). Mire, don Pepe. . . (Sigue riéndose).

María. — (Señalando los que tiene en la falda). No es lo que falta.

Nini. — Aquí hay otros.

Yaya. — Y éstos. . .

Pepe. — ¡Qué gracioso, pero qué gracioso! Debí suponer que sería el regalo del día. (A Rosita). Pero no es para llorar. Una buena mamá debe estar feliz de tener muchos hijos. ¡Hurrah por los mellizos! Vamos a comprarles coches y cunas a todos. Y ahora, los celebraremos con cohetes. A ver, ¿cuántos son, para encender otros tantos cohetes? Vamos, tres pares de negros y dos pares de blancos; diez hijos por todo.

Rosita. — (Volviendo a lloriquear). Entonces, va a faltar un par de blancos, ahora. . .

María. — (Riendo a carcajadas). ¡Has visto qué niñita! . . .

Pepe. — Mañana los tendrás y quedará completa la colección. Ahora, a tomar once. Encenderé los cohetes cuando estén todos sentados.

María. — Pónganse los gorros. (Se sientan haciendo algazara).

Pepe. — (Distribuyéndoles pitos y cornetas). Ahora, todos juntos a meter harta bulla. —Tres rass por los mellizos. . .

Todos. — ¡rass, rass, rass!

(Cae el telón mientras se oyen los pitos y los cohetes).

T E L O N

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL





OTROS TITULOS DE LA MISMA COLECCION



EL REINO DE LAS ABEJAS.

Descripción fantástica
de la vida de las abe-
jas.



LA HISTORIA DE LA MARGARITA.

Cuento de fantasía.



MIS AMIGUITOS.

Versos e ilustraciones
sobre insectos y otros
animales.



PULGARCITO.

Comedia sacada del
cuento.